SE BUSCA POETA

Jaime García Máiquez

Jaime García-Máiquez nació en Murcia el 11 de octubre de 1973; desde entonces ha vivido en el Puerto de Santa María (Cádiz). Es diplomado en Geografía e Historia por la Universidad de Navarra (1994), licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Granada (1996) y Licenciado de Grado por la Universidad de Cádiz (2000). Actualmente, termina su tesis doctoral sobre *El vino en la pintura del Museo del Prado*. Trabaja desde hace diez años en el Gabinete de Documentación Técnica para el estudio científico de las obras de arte del Departamento de Restauración del Museo del Prado.

Ha escrito cuatro libros de poemas. El primero, *Vivir al día* (Ed. Compás. Ayuntamiento de Sevilla, 2000) obtuvo el Premio Luis Cernuda 1999; el segundo, *Ondas negras* está inédito. Firmado con el heterónimo de Fernando López de Artieta publicó *Jugar en Serio* (Madrid, Ed. Visor, 2004); su último libro se titula *Otro cantar* (Valencia, Editorial Pre-textos, 2007). Ha escrito asimismo dos pequeños cuadernos de haikus: *La isla del tesoro* (Ediciones El Sitio, 2004) y próximamente aparecerá *Mú*.

Ha aparecido en varias antologías, entre las que cabe destacar *Un siglo de sonetos en español* (Madrid, Editorial Hiperión, 2000); *La búsqueda y la espera, antología del grupo Númenor* (Sevilla, Kronos Creación, 2005); *Orfeo XXI. Poesía contemporánea y tradición clásica* (Gijón, Llibros del Pexe, 2005); *Sombra hecha de luz. Antología de poesía andaluza actual [1950-1978]* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006).

VIVIR AL DÍA
(Editorial Compás, Sevilla, 2000)

VIVIR AL DÍA

De la vida no tengo opinión prefijada:
voy cogiendo del árbol de la sabiduría
los frutos necesarios para vivir al día.
Apenas me da tiempo para pensar en nada,

pues se vive en presente y el presente no es nada;
un fuego que arderá, que está ardiendo, que ardía,
una muerte incesante que vela la poesía
con el alma feliz y la voz enlutada.

Todo el mundo me dice que no vivo en el mundo,
que siempre voy soñando no se sabe qué cosas;
lo que ocurre es que a veces me despisto un segundo

y me pierdo en el sueño que contagian las rosas.
Porque todo es un sueño que ignoramos despiertos,
y la vida es el sueño que entenderemos muertos.

MÓNICA

Fue mi primera novia hace ya muchos años,
en aquel tiempo raro en el que éramos reyes
de ese violento reino que se llama *verano*.

Optaron nuestras vidas por mundos diferentes,
y por eso me extraño cada vez que la veo
visitando mi mundo como una extraterrestre.

Aparece de pronto y me inquieta de nuevo
con ese gesto suyo de quinceañera mala
por la que no parece que pasen los inviernos.

Cuando es inevitable, se cruzan las miradas
y es igual que mirar en un espejo roto
y descubrirla a ella suplantando mi cara.

Ahora sólo recuerdo el verano en su rostro,
que miro con nostalgia, y con algo de rabia,
por ver mi adolescencia resumida en sus ojos.

LA ABUELA

La historia de su vida es como un prólogo
de la mía, lo mismo que estos años
van a ser la prehistoria de otras vidas.
Parece que nos habla del pasado
en blanco y negro, y que detrás le suena,
alegre y melancólico, el piano
de las películas del cine mudo.
Cuando no se la encuentra por su cuarto
es porque está regando las macetas
o escuchando el monólogo de un pájaro.
Algunas veces creo que se duerme
y me acerco en silencio...,
entre sus manos
veo como gotean, sigilosas,
las cuentas diminutas de un rosario.

TÍTULO UNIVERSITARIO

Ese papel resulta ser lo definitivo
de aquellos vagos años de estudiante en Granada.

Acaso en los poemas viene a ocurrir lo mismo,
que se queda la vida detrás de unas palabras.

A veces, las palabras hay que haberlas vivido
para saber leerlas y poder recordarlas.

OTRO CANTAR

(Ed. Pre-textos, Valencia, 2008)

OTRO CANTAR

Mi mundo no es de este mundo.
Lo supe desde la infancia,
aunque no ha sido hasta hoy mismo
en que lo pienso en palabras
cuando lo entiendo, y lo asumo
como esas cosas que pasan.

El agua tiene sus mundos:
el de la nieve encantada,
el peregrino del río,
el de la ola en volandas,
el ermitaño de un pozo,
el de las lluvias de plata,

y otros muchos, y de todos
el que prefiere esta alma
es ese frágil y alado
de las nubes. Son metáforas
de una existencia tranquila,
inútil, nómada y trágica.

Fijaros en una nube
de las redondas y blancas,
con sus volutas pletóricas
y con sus formas extrañas...
y, cuando pase, esforzaros
en intentar recordarla.

Es imposible, y qué hermosa
refulgía en la mirada.
Y ahora, ¿qué parecerá?,
¿dónde estará?, ¿en qué montaña
o en qué ciudad, mar o charco
irán sus gotas románicas?

Que *la vida son dos días*
es una máxima clásica
que una mínima experiencia
especifica y aclara:
un domingo por la tarde
y un lunes por la mañana.

Casi nada vale mucho
y al final todo se pasa;
nuestro dolor, nuestra dicha,
nuestras valientes batallas
en el fondo, ¿a qué engañarnos?,
no tienen mucha importancia.

Una canción, por sí sola,
puede valer... lo que valga
–no sé de cálculos fríos
ni de medidas exactas–
pero nunca valdrá tanto
como el hecho de cantarla.

MI HORA

Entre el crepúsculo y la noche
hay algún tiempo en que la luz no cede
a deslumbrar o a derramarse en sombra,
que no golpea sino que rodea
la materia, la abraza con un amor platónico.
Y al quitarle a las cosas su contraste
de tosco claroscuro,
las perdona de no sé qué pecado
mezquino, las absuelve
volviéndolas más ellas,
y embelleciendo a todo el que las mira.
Es esta luz con la que Dios ve el mundo.

VECINOS

Los vecinos de enfrente de mi piso
parecen preocupados.

Me estudian, me examinan,
verifican que estoy siempre metido en casa
apoyando mi frente en la ventana
mirando al infinito, o escuchando el zureo
somnífero y nasal de las palomas.
Me ven merodear por el pasillo
con deprimente lentitud,
abriendo los armarios para nada,
los libros para todo,
la nevera tres veces por minuto.
Ya por la noche, intuyen
mi sombra tras las sombras sigilosas
o, de pronto, en la negra madrugada
les asalta la luz de mi mesilla
y el apunte neurótico de algunas frases cortas.
En sus pupilas dilatadas,
en el brillo asustado de sus córneas
hasta un analfabeto
puede leer bien claro lo que piensan:
‹‹ese joven, viviendo igual que un jubilado››,
‹‹la verdad, nunca he visto en su casa un amigo››,
‹‹habla solo››, ‹‹está loco››, ‹‹qué raro››, ‹‹me da
miedo››,
‹‹cada vez que me asomo su visillo se mueve››.

Sería enrevesado, tras decirles
que soy un escritor (bueno, un poeta),
explicarles que hacen
muy bien en preocuparse.

LA SIESTA

Rebosaban silencio las macetas,
y en la frágil quietud de sobremesa
los objetos dormían también, en ese limbo
al que les abandona el hombre con su ausencia.
Con sigilo furtivo me escapé a la terraza
con una pluma y un papel en blanco
para hacer un apunte, un pequeño dibujo
de la vista de enfrente –unas cuantas palmeras
despeinadas, casuchas con los tejados rotos,
unas nubes que pasan, un pájaro que llega
y se ha marchado– un paisaje
que a mí me recordaba
a esas viñetas
pequeñas como un haiku
que hace Gaya. Eran las tres y media
y por la calle no pasaba nadie.
El pueblo estaba totalmente en alma.
Quizá un lejano
motor, el consuetudinario ladrar del perro,
y poco más. No dibujé ni un trazo
no sé muy bien por qué. Sólo miraba
lo sencilla que es siempre la belleza,
lo alejada que está del maquillaje
de las modas, del gusto, del estilo, del verso;
qué diferente al artificio éste
de revivir el mundo, descubriendo
lo poco nuestro que hay en su misterio.

Cuando pienso en los meses
sufridos en la brusca *Capital del Reino*
y miro este paisaje, me entran ganas
–con fundados motivos– de ponerme a llorar.
Cuántos años perdidos para llegar un día
como hoy, una tarde pasada por la piedra
de tantas cosas, para darle
un sentido más hondo a este silencio,
una emoción más alta a un puñado de casas
con los tejados rotos, a una palmera, a un pájaro,
a unas nubes que pasan...
que traspasan
sin dejar ningún rastro.

LA ROSA DEL DESIERTO

No sé qué clase de escultor te hizo
pero, entre golpes de cincel, él supo
acariciarte y darte aquel aroma
que no requiere de piedad escrita
para seguir oliendo tras la muerte.

Brotaste del fulgor de la tormenta,
del beso enajenado de la ira,
con la soberbia majestad de un símbolo
y el lejano sonido, como seco,
del solemne oleaje de las dunas.

Tú eres la hermosa rebelión de pétalos
que no se atreve a sujetar un tallo,
el fruto misterioso que combina
desdén de flor con humildad de piedra,
arena viva y polvo florecido.

Tú eres la rosa helada que nos canta
un himno de esperanza en el silencio,
la música callada que estremece
los más tristes cimientos de la tierra
porque hay amor también en el desierto.

TROZO DE AZUL

Entre los pisos altos que sombrean
mi ventana, se ve
un pedazo de cielo; aquel pequeño
trozo de azul que para Baudelaire

revelaba mejor el infinito
que el cielo abierto. Es lo que tengo, y sé
–porque lo he visto con mis propios ojos–
que pasan muchos pájaros por él,

y el sol y las demás estrellas, y la luna
cuando se deja ver.
Como una grieta

en la fealdad del mundo, ahí está él,
que aunque sea minúsculo es mi cielo,
y muy azul también.